
Problemas sociales causados por el Género

Marta Lamas

El *género*, esa simbolización cultural construida a partir de la diferencia sexual, rige el orden humano y se manifiesta en la vida social, política y económica. Entender qué es y cómo opera el *género* nos ayuda a vislumbrar cómo el orden cultural produce percepciones específicas sobre las mujeres y los hombres, percepciones que se erigen en prescripciones sociales con las cuales se intenta normar la convivencia. La normatividad social encasilla a las personas y las suele poner en contradicción con sus deseos, y a veces incluso con sus talentos y potencialidades. En ese sentido el género es, al mismo tiempo, un filtro a través del cual miramos e interpretamos el mundo, y una armadura, que constriñe nuestros deseos y fija límites al desarrollo de nuestras vidas.

Los problemas sociales originados en esta reglamentación cultural se deben a la rigidez de una concepción binaria, que maneja oposiciones complementarias, y por ende, excluyentes. Entre las nefastas formas de dogmatismo e intolerancia causadas por la reductiva lógica cultural del género destacan dos: el sexismo, o sea la discriminación en base al sexo, y la homofobia, que es el rechazo irracional a la homosexualidad. Aunque el sexismo y la homofobia se practican en todos los ámbitos -- educativo, laboral, religioso, político-- son especialmente crueles en el campo de los afectos y la sexualidad.

Una mujer que decide ser científica, o piloto, o cualquier opción considerada "masculina", tendrá que enfrentar más obstáculos que los que enfrenta un hombre, y tal vez tendrá que demostrar con doble esfuerzo que es igual de buena profesional que él. Sin embargo, mientras su vida sexual y afectiva se ajuste a las pautas de género, o sea, mientras se manifieste abiertamente heterosexual, sea que se case y tenga hijos, o que se muestre casta y célibe, podrá vivir relativamente tranquila. En cambio una persona homosexual, por más respetada que sea profesionalmente, tendrá que manejar muy discretamente su vida afectiva y sexual, incluso esconderla, para no ser rechazada o estigmatizada. Se podrá "sospechar" de ella, podrá ser objeto de burlas o críticas, pero mientras no asuma claramente su deseo, mientras no desafíe "descaradamente" la reductiva lógica cultural del género, se la "tolerará". Obviamente que hay casos excepcionales que imponen socialmente, por poder y fama, su "desviación", pero la persona común y corriente que quiera asumir su orientación homosexual abiertamente corre el riesgo de perder el trabajo, de no acceder al puesto político o de ser expulsada de su grupo de pertenencia.

La dificultad para aceptar las diferencias entre los seres humanos sin establecer un criterio de superioridad o inferioridad es una característica humana. Toleramos poco la ambigüedad, no comprendemos la equidad y nuestro afán clasificatorio está regido por

un ánimo jerarquizador, por lo que traducimos diferencia por desigualdad,. Por nuestro esquema cultural de género tanto la diferencia de las mujeres respecto de los hombres como la de las personas homosexuales respecto a las heterosexuales, se traducen en prácticas intolerantes y abusivas.

La conceptualización de las mujeres como "complementarias" de los hombres ha obstaculizado su reconocimiento como personas con intereses, derechos y potencialidades iguales a los de los hombres y ha dificultado su acceso a espacios y desempeños que se consideran masculinos. En un momento fue la educación y el trabajo asalariado, después la política y el ejercicio de la ciudadanía y ahora el límite se encuentra en las posiciones jerárquicas, tanto eclesiásticas como políticas y militares. A pesar de que en ciertos círculos y en algunos ámbitos geográficos ya se acepta la igualdad básica entre mujeres y hombres como seres humanos, muchos grupos continúan creyendo que las diferencias anatómicas son expresión de diferencias más profundas y que los papeles de mujeres y hombres deben permanecer complementarios y excluyentes. Justamente el feminismo ha logrado poner en la agenda política la existencia de un trato desigual en base al sexo y ha mostrado que el problema de la no correspondencia de la vida real de las mujeres con su representación social se sostiene precisamente por la fuerza simbólica del *género*. En términos generales, el movimiento ha denunciado la ceguera deliberada ante nuevas expresiones atípicas de género: hombres femeninos, mujeres masculinas, opciones sexuales cambiantes, un destape de la homosexualidad y el aumento de la bisexualidad.

Hay más reconocimiento del sexismo que de la homofobia porque, a diferencia de las mujeres que llevan más de un siglo luchando organizadamente porque se reconozca su estatuto de igualdad humana, las personas homosexuales apenas empiezan a cuestionar la heterosexualidad como norma. Aunque la investigación y el avance teórico sobre la sexualidad humana es inmenso, precisamente la lógica del género dificulta la comprensión del fenómeno sexual humano. Ni la heterosexualidad es natural ni la homosexualidad es anti-natural; ambas son resultado de los procesos de estructuración psíquica que, de manera inconsciente, posicionan el deseo de los seres humanos. Es la lectura simbólica de ese dato la que otorgará o no un estatuto similar a ambas prácticas. En nuestra cultura, la homosexualidad no está integrada simbólicamente con la misma valoración que la heterosexualidad, por eso es vivida como anti-natural. Asimismo, la ignorancia generalizada que existe sobre los procesos psíquicos y los sociales ha propiciado prejuicios y desinformaciones que limitan las vidas de las personas.

Es arrasadora la fuerza del discurso ideológico judeocristiano, que extrapola la complementareidad reproductiva a los demás aspectos humanos, que establece que la sexualidad tiene como designio divino la multiplicación de la especie y que condena la búsqueda del placer. Ante la eficacia simbólica de esta narrativa, apenas empieza a tomarse en cuenta la evidencia psicoanalítica y antropológica, la investigación histórica y la tradición literaria, que documentan la calidad indiferenciada de la libido. Además

de dominar ideológicamente, la lógica del *género* ejerce violencia simbólica¹[1] contra las mujeres que aceptan la valoración sexista y contra las personas homosexuales que aceptan la normatividad heterosexista como algo "natural".

Para analizar cómo actúa la lógica del género es útil distinguir los fenómenos del ámbito psíquico de los del ámbito social. Para ello hay que recurrir al psicoanálisis²[2], pues ofrece el recuento más complejo y detallado hasta el momento de la constitución de la subjetividad y de la estructuración psíquica de la sexualidad. Al plantear que no hay conjuntos de características o de conductas exclusivas de un sexo, ni siquiera en la vida psíquica, la teoría psicoanalítica postula que no existe una "esencia" femenina o masculina; psíquicamente los seres humanos somos iguales: todos nos estructuramos a partir de la falta, y esa fuerza innata que es la libido se orientará con preferencia hacia un cuerpo femenino o masculino a partir de un complejo proceso inconsciente. Por eso nuestra energía sexual es polimorfa y perversa, esa clásica expresión freudiana que quiere decir que nuestro deseo se desparrama en mil formas y se vierte fuera de los cauces previstos para la reproducción. El deseo humano no tiene más límite que el que la cultura logra imponerle y existen básicamente³[3] dos cuerpos en los que encauzar la pasión, por eso hay dos formas de estructuración psíquica --heterosexualidad y homosexualidad-- y por eso existe la práctica de la bisexualidad.

Desenterrar las raíces del sexismo y la homofobia nos lleva a interrogarnos de qué manera los cuerpos se convierten en sujetos. ¿Qué ocurre durante el proceso de constitución de las personas que favorece una mentalidad social esquemática? Aunque en una reflexión sobre problemas sociales resulte extraña una disgresión como la que sigue, es necesaria para la posterior comprensión del funcionamiento en sociedad.

La socialización del ser humano y su proceso de individuación son resultado de una transformación única: la de su humanización, o sea, de su progresiva emergencia del orden biológico. La raíz misma de la cultura es el núcleo inicial y fundador del aparato psíquico: el pensamiento simbólico. La noción de pensamiento simbólico implica al órgano, o sea, a la parte del cerebro productora de lenguaje y de las representaciones.⁴[4] Lo característico de los seres humanos es el lenguaje, y éste, por su función simbolizadora, es un medio fundamental para estructurarnos psíquica y culturalmente: para volvernos sujetos y seres sociales.

Se supone que las primeras lenguas se caracterizaron por un principio económico: el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo, y que tuvieron una estructura similar a la de las computadoras, o sea, un lenguaje binario donde se produce información a partir de la afirmación y/o negación de elementos mínimos, de la contraposición de opuestos: mujer/hombre, noche/día, frío/caliente, etc. Como el lenguaje es un elemento fundante

de la matriz cultural y las sociedades piensan binariamente, elaboran y nombran también así, binariamente, sus representaciones. De ahí la importancia de la diferencia sexual, sobre la cual se construyen ideas de oposición y complementareidad.

Con una estructura psíquica universal y mediante el lenguaje, también universal aunque tome formas diferentes, los seres humanos simbolizamos un material constante en todas las sociedades: el cuerpo humano. Cada cultura realiza su propia simbolización de ese mismo hecho universal. Desde la antropología vemos que el dato inmutable de la diferencia entre los sexos --mujer/hombre-- engendra múltiples representaciones de masculino/femenino. Las representaciones son redes de imágenes y nociones que construyen nuestra manera de ver, captar y entender el mundo. Las fuentes principales de nuestras representaciones son tres: los preconceptos culturales (entre los que se encuentra el género), las ideologías y la experiencia personal. Vamos percibiendo estas representaciones desde la infancia mediante la estructura madre de significaciones en virtud de la cual nuestras experiencias se vuelven inteligibles (el lenguaje) y la propia materialidad de la cultura (los objetos, las imágenes, etc.). Pero también desde nuestra subjetividad elaboramos una simbolización sobre las mujeres y los hombres que nos rodean.

La complejidad y las variedades de la articulación de lo cultural y lo psíquico son inmensas. Pero aunque no es sencillo comprender cómo funcionamos las personas, ya existen elementos de sobra para saber que mujeres y hombres, productos históricos y culturales, también somos resultado de una elaboración psíquica. Por ejemplo, ya se conoce cómo operan los mecanismos de la adquisición inconsciente de la identidad sexual, que tienen que ver con la represión del deseo y con la herida psíquica de la castración imaginaria. Por eso la diferencia sexual es distinta de otras formas más sociales de adquisición de identidad, como cuestiones étnicas, religiosas, nacionales, etc, es de un orden estructural y tiene cierta persistencia fundante: trata de la fuente de nuestra imagen del mundo, en contraposición con un *otro*. La *diferencia sexual* opera como estructurante psíquico y como referente simbólico. Con esta condición de bisagra entre lo imaginario y lo simbólico, anclada en lo real, la diferencia sexual articula nuestra *weltanschauung*.

Por eso, es decisivo aceptar el planteamiento del psicoanálisis sobre que la estructuración psíquica se realiza fuera de la conciencia y de la racionalidad de los sujetos. Esto supone comprender que el sujeto está escindido, que es una persona con deseos y procesos inconscientes. Por eso la clave del nudo humano es la falta, la carencia, la castración simbólica, que condiciona la estructuración de la identidad psíquica y nos constituye --- a mujeres y hombres--- como sujetos.

Para enfrentar los problemas sociales de sexismo y homofobia hay que partir de reconocer que la relación entre lo psíquico y lo social, o sea, entre constitución mental y exigencias culturales, es conflictiva. Freud lo señaló hace casi un siglo: los mandatos culturales nunca satisfarán las demandas psíquicas y la vida psíquica nunca encajará

fácilmente en las exigencias culturales. Freud plantea que la cultura, o sea, *cualquier* conjunto de preceptos sociales, requiere represión primaria, deseo e inconsciente. El sujeto está sometido a potentes fuerzas culturales y psíquicas y justamente la compleja e intrincada forma en que elabore esa situación dará como resultado su posicionamiento del deseo y su aceptación de valoraciones culturales de feminidad o masculinidad. Precisamente el psicoanálisis estudia el proceso mediante el cual el sujeto resiste o se somete a la imposición de cultura, o sea, de represión sexual e investiga el papel que desempeña el inconsciente en la formación de la identidad sexual, identidad impuesta en un sujeto que es fundamentalmente bisexual. El psicoanálisis muestra, desde una perspectiva individualizante, cualitativa e interpretativa, que las formas que toma esa identidad jamás son fijas, porque la libido es polimorfa.

Al igual que el psicoanálisis, que muestra que los hombres y las mujeres no están precondicionados, y que afirma que no hay nada más incierto que la masculinidad y la feminidad, el estudio antropológico de las múltiples representaciones culturales de la constante biológica universal de la diferencia sexual también conduce a una postura antiesencialista: no existe el hombre "natural" ni la mujer "natural". La variedad de formas de simbolización, interpretación y organización del *género* en distintas culturas son registradas por la etnografía, y la riqueza y consistencia de este registro antropológico permite desesencializar las ideas tradicionales sobre las *mujeres* y los *hombres*.

Desde la antropología vemos cómo el peso de la reproducción es tal, que algunas culturas han simbolizado sexualidad y reproducción como interdependientes, olvidando o negando formas de vivencia y relación sexual que no están vinculadas a la reproducción. A estas prácticas algunas culturas, como la nuestra judeocristiana, las tachan de "antinaturales", perversas o atípicas. Pero la amplia documentación etnográfica confirma, aunque no de manera tan conmovedora como la poesía y la literatura, que en todas las épocas y en todas las culturas la humanidad ha tenido todo tipo de relaciones sexuales: hetero, homo y bisexuales.

Hoy, desde estas dos perspectivas, antropológica y psicoanalítica, se interpretan positivamente la creciente invasión de las mujeres en los ámbitos masculinos y la emergente manifestación del deseo homosexual. Estos fenómenos no expresan, como temen algunos grupos conservadores, una "corrupción" o "degeneración" de la relación "natural" entre los sexos o de la forma "sana" de sexualidad. Por el contrario, suponen un desarrollo del pensamiento racional y laico, e implican una aceptación de la condición humana de las mujeres y un reconocimiento sin tapujos a la verdadera calidad polimorfa de la libido humana. El aspecto positivo de estos procesos es que llevan a una ruptura de las artificiales fronteras impuestas por la represión cultural del género.

Sin embargo, los avances teóricos no garantizan por sí solos una transformación de las costumbres. A pesar de que en algunos ámbitos, especialmente los académicos, se

aceptan las consecuencias epistemológicas y políticas que implican tanto el cuestionamiento del destino "natural" de las mujeres como la desnaturalización de la práctica heterosexual, todavía no existe en la sociedad una verdadera aceptación de las mujeres como sujetos iguales a los hombres ni de la práctica homosexual como equivalente de la heterosexual. Se requiere algo más que trabajo intelectual para enfrentar, en términos de sufrimiento humano, las consecuencias del género; por ello, cuestionar los esquemas mediante los cuales las personas nos convertimos en hombres y mujeres, y por el cual consideramos ciertas cuestiones naturales y otras antinaturales, debe convertirse en una tarea de la agenda política.

Hoy, un desafío democrático crucial para el establecimiento de condiciones más igualitarias y menos injustas se dirige al desmantelamiento de la lógica del género. Jean Starobinsky decía que la cuestión de la igualdad tiene dos dimensiones: se trata de una interrogación filosófica relacionada con la representación que nosotros nos hacemos de la naturaleza humana y, al mismo tiempo, implica una reflexión sobre el modelo de sociedad justa que nos proponemos. Este desafío es, al menos discursivamente, aceptado en relación a casi todas las desigualdades: las de sexo y raza, de pertenencia étnica, de creencias religiosas o políticas; sin embargo, la desigualdad entre personas heterosexuales y homosexuales sigue sin ser reconocida y no es tomada como un objetivo político o una aspiración igualitaria a alcanzar.

La homofobia es uno de los problemas sociales causados por la lógica del género más penetrantes e invisibles. No se trata de defender el derecho de una supuesta minoría sexual a sus prácticas "desviadas" o "extrañas", sino de comprender que la lógica del *género* ha establecido la normatividad sexual vigente a partir de la complementareidad para la reproducción. Tampoco se puede ignorar que el posicionamiento del deseo no es un hecho que dependa de la voluntad, sino que es el resultado de un complejo proceso de estructuración psíquica, que en gran medida ocurre de manera inconsciente. Justamente por eso es que la discriminación y opresión de la homofobia resulta tan brutal. Aceptar que es imposible normar el deseo nos obliga a dejar de ver a las personas con actividad homosexual como un grupo distinto, como un tercer sexo al que hay que respetar o tolerar como a cualquier otra minoría. Con esa concepción no se llega al meollo del asunto y se mantendrá la homofobia, edulcorada con una capa de *supuesta tolerancia*.^{5[5]} Lo que hay que aclarar es que no existe una sexualidad "normal"; hay una sexualidad para la procreación, y otras sexualidades para el placer. Mientras la actividad sexual sea resultado de la voluntad de las personas involucradas, valen distintas prácticas y diferentes relaciones.

Este tipo de formulación enfrenta varios obstáculos, algunos de orden jurídico. Aunque en el parlamento europeo se está discutiendo la legalidad del matrimonio entre personas del mismo sexo, y la adopción de criaturas por parejas homosexuales, todavía en América Latina, donde los mensajes ideológicos y los mandatos culturales vinculan

sexualidad y reproducción, están son cuestiones innombrables. Debemos establecer un nuevo discurso sobre la sexualidad que integre las actuales informaciones psíquicas y culturales sobre la construcción del sujeto y también debemos cambiar las leyes que ordenan nuestra convivencia. Como bajo la ley jurídica subyace la ley simbólica, para cambiar las anticuadas leyes que están vigentes hay que denunciar la rigidez de la lógica del *género*.

Es imprescindible desarrollar una estrategia discursiva y comunicativa que logre des-naturalizar las concepciones que se tienen sobre las mujeres y los hombres, y que acabe con los estereotipos sobre sus vidas laborales y políticas, sexuales y afectivas. Analizar los procesos de diferenciación, dominación y subordinación entre los hombres y las mujeres obliga a remitirse a la fuerza de lo social, de lo simbólico, y abre la posibilidad de la transformación de costumbres e ideas.

Esta nueva perspectiva interpretativa del fenómeno humano no es aceptada con facilidad por muchos grupos de la sociedad. De un lado las creencias religiosas, ancladas en una argumentación "naturalista" y del otro, el universal miedo a la diferencia, al cambio o a lo desconocido, alimentan con eficacia el pensamiento conservador. Sobre la lógica del género se apoya la actual normatividad jurídica relativa al uso sexual y reproductivo del cuerpo, que fomenta prácticas sexistas y homofóbicas. Resulta difícil enfrentar su tiranía, pues dicha lógica cultural está imbricada en el lenguaje y en la trama de los procesos de significación. Construir reglas de convivencia más equitativas, donde las diferencias (de todo tipo, incluso de posicionamiento del deseo) sean aceptadas y no sean utilizadas para establecer desigualdad de trato requiere de reconocer que los comportamientos sociales no dependen en forma unívoca de los hechos biológicos.

Una tarea en la que todas las personas podemos participar es cuestionar los códigos culturales que hemos heredado, que encubren formas de explotación y desigualdad. Si la aspiración de justicia se manifiesta como la búsqueda de equidad, el actual discurso ético/político debe incorporar la crítica a la anticuada lógica de *género* y proponer una nueva lectura del significado de la diferencia sexual. Analizar la construcción del *sujeto*, sin olvidar ni la materialidad de los cuerpos, ni la realidad de la vida psíquica, ni la marca implacable de la socialización, es una de las tareas políticas e intelectuales más apremiantes. El proceso de desentrañar los significados de la cultura en que vivimos debe ir acompañado de una reflexión epistemológica: si la cultura marca a los sexos con el *género* y el *género* marca la percepción de todo lo demás, ¿cómo afecta esa percepción la producción de conocimiento y el establecimiento del contrato social y del orden político?

El esfuerzo por responder a ese interrogante nos permite discrepar de las representaciones tradicionales de lo "justo", lo "verdadero", o lo "natural". Frente al penetrante poder de la lógica del *género* se requiere un sacudimiento de las conciencias y una reformulación del contrato social, el cual sigue teniendo como uno de sus

fundamentos un arcaico contrato sexual. Esa tarea se perfila como la gran responsabilidad democrática del siglo que viene, indispensable para abatir los problemas sociales que tanto dolor e injusticia generan.

Ciudad de México, mayo de 1996

1[1] Utilizo el concepto de violencia simbólica en el sentido que lo usa Bourdieu, para referirse a la violencia que se ejerce sobre un agente social con su complicidad o consentimiento. Véase Pierre Bourdieu y Lóic J.D. Wacquant, *An invitation to Reflexive Sociology*, The University of Chicago Press, 1992, p. 171. Pierre Bourdieu. "Social Space and Symbolic Power", en *Sociological Theory* 7, núm. 1, jun. 1988.

6[2] Es riesgoso hablar en términos generales sobre el psicoanálisis, pues tiene también aspectos negativos o contradictorios, tanto en la teoría como en el propio corazón de la institución psicoanalítica: ha contribuido a la psiquiatrización del sexo, iniciada desde el siglo XIX y al establecimiento de una psicopatología en función de las distintas maneras de estructuración del deseo. Para mi argumentación, yo retomo la línea lacaniana.

7[3] Son cinco las áreas fisiológicas de las cuales depende lo que, en términos generales y muy simples, se ha dado en llamar el "sexo biológico" de una persona: genes, hormonas, gónadas, órganos reproductivos internos y órganos reproductivos externos (genitales). Estas áreas controlan cinco tipos de procesos biológicos en un *continuum*, y no en una dicotomía de unidades, cuyos extremos son lo masculino y lo femenino. Por eso, para entender la *realidad biológica* de la sexualidad es necesario introducir la noción de *intersexos*. Dentro del *continuum* podemos encontrar una sorprendente variedad de posibilidades combinatorias de caracteres, cuyo punto medio es el hermafroditismo. Una clasificación insuficiente de estas combinaciones obliga a reconocer por lo menos cinco "sexos" biológicos:

hombres (personas que tienen dos testículos);

mujeres (personas que tienen dos ovarios);

personas hermafroditas o *herms* (en las cuales aparecen al mismo tiempo un testículo y un ovario);

hermafroditas masculinos o *merms* (personas que tienen testículos, pero que presentan otros caracteres sexuales femeninos);

hermafroditas femeninos o *ferms* (personas con ovarios, pero con caracteres sexuales masculinos).

Véase Anne Fausto Sterling, "The Five Sexes. Why Male and Female are Not Enough", en *The Sciences*, marzo/abril 1993.

8[4] Véase Michel Izard y Pierre Smith, *La función simbólica*, Júcar Universidad, Madrid, 1989.

95]. Hay que distinguir entre una verdadera tolerancia de ida y vuelta, basada en el respeto, y la tolerancia que Marcuse llama represiva, basada en el convencimiento de que yo tengo la razón, pero tengo que soportar al otro, al extraño.
